

Amy Alward

Psiciones Filtro

Traducción del inglés
Teresa Lanero

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *The Potion Diaries*
Publicado en Gran Bretaña por Simon & Schuster UK Ltd

© de la obra: Amy Alward Ltd, 2015
© de la traducción: Teresa Lanero, 2016
© de los detalles que acompañan el texto: Lehanan Aida, 2016

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna Ediciones: marzo de 2016

Preimpresión: Elena S. Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-944243-6-6
Depósito Legal: M-4411-2016

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para Juliet, cuya habilidad mágica consiste en hacer
que las cosas ocurran.*



1

PRINCESA EVELYN

Una minúscula gota de sangre le brotó del extremo del dedo, donde se había clavado la punta del cuchillo. Lo sostuvo junto al borde de un vial de cristal y observó cómo caía la gota, que hizo que el líquido del fondo pasara del rosa a un azul profundo y oscuro.

Qué raro.

Siempre pensó que una poción amorosa sería roja, no azul.





2

SAMANTHA

La mugre pegada al tarro de cristal es tan espesa que ni siquiera se lee la etiqueta. Lo froto ligeramente con el borde de la manga antes de recordar la severa advertencia de mi madre de no volver a estropear la ropa de la tienda. En lugar de eso, cojo el trapo que me metí en el bolsillo esta mañana. Un nuevo restregón desvela la caligrafía estilizada de mi abuelo, pulcra y precisa, excepto allí donde la tinta se ha corrido formando grietas que se extienden por el papel de lino como si fueran dedos.

Berd du Merlyn

—No puede ser. —Las palabras se me escapan mientras un repentino brote de entusiasmo me sube serpenteante por la espina dorsal. Tengo que apoyar el tarro en la estantería y respirar hondo varias veces para tranquilizarme antes de poder seguir.

—¿Qué has encontrado? —Mi mejor amiga, Anita, me mira desde varios estantes más arriba.

Las dos estamos haciendo equilibrios sobre los peldaños de unas escaleras de tres plantas y treinta y seis estantes de altura. Hemos

hecho un trato. Anita me está ayudando en la tarea monumental y soporífera de realizar el inventario de los miles de ingredientes, mezclas, pociones, plantas y cachivaches de la tienda de mi familia. A cambio, voy a ir con ella a ver el concierto del decimoctavo cumpleaños de la princesa en una de las pantallas gigantes que hay junto al castillo, a pesar de que con sólo oír algo sobre su vida siento vergüenza ajena. He metido a escondidas un libro en mi bolso por si acaso.

Sonrío de oreja a oreja mientras Anita arrastra su escalera hacia mí. Los rieles están viejos y obstruidos por el polvo y, a pesar de que suelo lubricarlos con gotas de aceite, los rodillos siguen sin deslizarse con suavidad.

Giro el bote en su dirección y ella emite un leve silbido.

—¿Crees que es auténtico?

—Quién sabe —digo. Mi corazón palpitante me delata. Siempre que registro estas estanterías siento que estoy cavando cada vez más cerca de un tesoro escondido y que algún día encontraré algo fabuloso. Hoy podría ser ese día—. En *Naturaleza y poción* he leído algo sobre una planta conocida como «barba de mago». Quizá *Berd du Merlyn* sólo sea un nombre antiguo para referirse a esa planta.

Antes de poder remediarlo, me vienen a la mente los distintos usos de la barba de mago: *Ingrediente clave en las pociones relacionadas con la conmoción; una infusión de cinco minutos en agua caliente (no hirviendo) ayuda a suavizar la recepción de malas noticias.* Es un ingrediente relativamente común y su hallazgo no sería nada del otro mundo.

Sin embargo, si resultara que es pelo auténtico de la barba de Merlín, del mismísimo Merlín... Bueno, en ese caso ya sé cómo pagaríamos la reparación de la gotera del techo que descubrí ayer

—de la manera más desagradable: mojándome la cabeza—, que de momento está sellada con cinta de embalar.

Agarro bien la tapa del bote y la giro con todas mis fuerzas. Se resiste por un momento y luego salta acompañada de una gran nube de polvo que me explota justo en la cara.

Una tos seca y el movimiento frenético de mi brazo hacen que el polvo se disperse, pero se me cae el alma al suelo.

Vacío.

Anita me da una palmadita en el brazo.

—¿Algo más que añadir a la lista de Kirsty?

—Eso parece. —Suspiro, agarro el bolígrafo que llevo en la oreja y apunto «barba de mago (pelo)» en mi lista de cosas que faltan y que hay que encargarse a Kirsty, nuestra buscadora, para que nos las consiga. Y parece que voy a tener que encontrar otra forma de arreglar la gotera.

A veces, cuando me siento romántica, pienso en todas las generaciones de Kemi que han estado sobre estos peldaños y en los grandes alquimistas que han examinado estas estanterías.

Pero entonces me topo con la realidad: la tienda se está yendo al traste, nuestros suministros están disminuyendo y no hay perspectivas de negocio que puedan cambiar la situación.

No siempre fue así. Hubo un tiempo en que la Tienda de Pociones Kemi fue una de las apotecas más famosas de Kingstown. Pero ya nadie necesita apotecas cuando existen megafarmacias en el centro de la ciudad que venden versiones sintéticas de pociones tradicionales por la mitad de precio. Ahora somos los vestigios de antaño. Reliquias.

El padre de Anita también tiene una tienda de pociones, especializada en técnicas de mezcla de Bharata. Cuando su aprendiz se marchó

para convertirse en ingeniero, el señor Patel decidió no contratar a otro, aunque Anita propuso dejar su plaza en la universidad para sustituirlo. Dentro de un par de años, cuando el padre de Anita se jubile, cerrará la tienda para siempre. Otra apoteca que se irá a pique, mientras que la Tienda de Pociones Kemi se empeña en continuar a toda costa.

El señor Patel es afortunado. Al menos ha elegido cerrar el negocio, así que tiene cierto dominio de la situación. Cuando pienso en lo que me sucederá cuando llegue nuestra hora, se me abre un agujero en el estómago.

Anita se desplaza a lo largo de las estanterías para regresar al lugar donde estaba trabajando. Intento recuperar el entusiasmo por la tarea, pero se ha esfumado en el éter como las motas de polvo del bote vacío.

—¡Dios mío, Sam, mira esto!

—¿Qué? —Me apresuro a llegar hasta ella. ¿Qué habrá encontrado? ¿Aliento de esfinge? ¿Quizás un diente de dragón?

Me planta en la cara su teléfono móvil. En la pantalla está la princesa Evelyn posando en uno de los salones de baile del Gran Palacio.

—¡La princesa va a llevar en su decimoctavo cumpleaños el mismo vestido de Prime Store que yo quería comprarme para el baile estival! Genial, ahora va a estar agotado en todas partes —se lamenta.

—No me puedo creer que vayas a ir al baile estival.

—Sí, bueno, no todas evitamos a los chicos para centrarnos en las pociones..., como una que yo me sé.

—Muy graciosa. Pero no vas con pareja, ¿o sí?

—Estoy haciendo que mis admiradores se sumen a la cola, como la princesa Evelyn, esperando a que aparezca mi pareja ideal.

—Anita se da un manotazo en la larga y brillante melena negra y saca la lengua.

Le lanzo el trapo y suelta una risita.

—¿Y quién crees que será su acompañante esta noche? —pregunta.

—¿A qué te referes?

Anita me mira con cara de resignación.

—Venga ya, si me vas a obligar a que te ayude con el inventario, me tienes que amenizar el rato, por lo menos. Empiezo yo: creo que será Damian.

—Qué va. La familia real nunca permitiría que la princesa se casara con una estrella del pop. Será el príncipe Stefan de Gergon. Diplomáticamente vendría bien.

—Pues qué aburrido. Oh, ya sé: Zain Aster.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no? Arjun dice que en la uni sólo se habla de lo buenos amigos que son él y la princesa. —Arjun es el hermano de Anita, dos años mayor que nosotras. Él y Zain estuvieron en el mismo curso en nuestro colegio—. ¿Has visto últimamente a Zain? —Arquea las cejas, insinuante.

—Son imaginaciones tuyas, boba. Zain Aster no tiene ni idea de quién soy.

—Si tú lo dices...



PRINCESA EVELYN

Su corazón palpitaba mientras Renel, el consejero más antiguo de la casa real, anunciaba la llegada de Zain. Entre los dedos sujetaba con firmeza un guardapelo de plata en forma de corazón que le colgaba del cuello. Pero, en el momento en que lo vio llegar, sintió que sus nervios y su tensión se aliviaban. Incluso se echó a reír cuando Zain se acercó a ella como si estuviera en su propia casa, ignorando al gruñón de su consejero.

—¡Evie! —Fue directo hacia ella y la abrazó. Llevaba una colonia almizclada y moderna, con cierto trasfondo químico de laboratorio.

—Te has vestido para la ocasión —susurró ella, posando suavemente los dedos sobre el hombro acolchado de su esmoquin.

Él se rió.

—Bueno, es la mayor fiesta del año y tengo que estar guapo para las damas. —Se puso a bailar de inmediato y a hacer como si se levantara el cuello de la camisa.

—Parece que le has puesto empeño, sí —dijo Evelyn con un tono que intentó que sonara normal, aunque las palabras de él habían sido como pequeños puñales en su corazón—. Renel, ¿nos



disculpas? —preguntó, y aguardó a que el consejero de nariz aguilena abandonara la sala.

—¡Estás increíble! —dijo Zain, dando un paso atrás y agarrándola del brazo para admirarla.

Sí que estaba guapa. Llevaba el largo cabello rubio recogido hacia atrás con una cinta que sujetaba una cascada de rizos sueltos, y su peluquero le había puesto unas ligerísimas mechas doradas entre los mechones de pelo. Su vestido, que llegaba hasta el suelo, estaba confeccionado con purpurina azul lavanda y flotaba alrededor de su grácil figura. Muchos diseñadores habían suplicado vestirla para la fiesta de su decimotavo cumpleaños, pero ella eligió a un diseñador local de la calle principal, una decisión que los medios de comunicación calificaron de «atrevida» y «valiente». A ella sencillamente le había gustado ese vestido.

El guardapelo era el único accesorio que no hacía juego... Pero tenía una finalidad y había llegado el momento de usarlo.

—¿Quieres beber algo? —preguntó, maldiciendo por dentro el tono chillón de su voz. Atravesó la sala hasta una mesita junto a la ventana.

—¡Claro! —contestó Zain.

Ella sonrió, luego le dio la espalda para verter el vino contenido en una delicada jarra de cristal en dos de las copas más finas de Nova, con hermosas bases de peltre pulidas como espejos. Con un movimiento rápido, abrió el guardapelo. Un polvo añil cayó en el fondo de la copa de él y se disolvió en el líquido rojo oscuro.

Examinó las copas de cerca y suspiró aliviada: parecían idénticas. Esperó cierto recelo, pero él no preguntó ni objetó nada.

—¿Por el enamoramiento? —propuso ella.

Él tomó la copa que le tendió y la entrechocó con la suya, sonriendo.

—Por ti, princesa.

—Por nosotros.

Sus palabras brotaron casi como un suspiro mientras se llevaba la copa a los labios y observaba cómo él hacía lo mismo. Entonces cerró los ojos, echó hacia atrás la cabeza y apuró el vino de un sorbo. El líquido descendió suavemente por su garganta, como si fuera miel. Una sensación cálida irrumpió en su cuerpo y le recorrió las venas, hasta que sintió como si le ardieran las puntas de los dedos de las manos y de los pies y el corazón le fuera a estallar de felicidad.

Pestañeó antes de abrir los ojos de nuevo.

Y, al mirar hacia los fríos ojos azules que se reflejaban en la base plateada de su copa, se sintió loca, profunda e irrevocablemente enamorada.



4

SAMANTHA

Suena la campanilla amarrada a la puerta de la tienda y, de repente, se desengancha de la bisagra y cae al suelo. Suspiro mientras abro mi cuaderno por otra lista diferente: «Cosas que reparar». Garabateo «Campanilla de la entrada» justo debajo de «Gotera del techo».

Al mirar desde lo alto de la escalera, diviso el vaivén de la falda de mi madre, que ha salido de la trastienda para recibir al cliente. Me obstruye la visión una de las vigas de madera que se entrecruzan en la parte superior del local para sostener la enorme extensión de estanterías.

Desde el suelo de la tienda se elevan fragmentos de conversación cuyo sonido rebota entre los cientos de frascos de cristal.

—No te preocupes, Moira, querida... Ya nos pagarás la próxima semana.

Sin querer, se me escapa un gemido y bajo por las escaleras lo más rápido que puedo. Aun así, no llego al suelo hasta que la puerta se cierra de golpe, dejando atrás el enorme trasero de Moira.

—¡Pero bueno, mamá!

Voy hacia el lugar donde coloqué los preparados pendientes de entregar durante la semana. Cómo no, falta la medicación de Moira

para todo el mes. Pulso con fuerza el botón para abrir la caja registradora y lo único que hay dentro es calderilla: el penoso surtido de monedas que dejamos por la noche en el cajón y un polvoriento billete de cinco, tan roto y descolorido que me apuesto algo a que ya no es de curso legal.

—Moira tiene setenta y tres años. Ya sabes que a veces se despista.

—¿Ah, sí? ¿Y por eso siempre se deja el monedero en casa? —mascullo.

Este argumento no sirve de nada con mi madre. Ella ve a todo el mundo con buenos ojos. El problema es que, con sus setenta y tres años, Moira es probablemente una de nuestras clientes más jóvenes. En serio, los únicos que prefieren acudir a nosotros en vez de a las megafarmacias son los viejos que se niegan a confiar en los compuestos sintéticos. Y estoy segura, por la manera en que Moira se detiene al doblar la esquina de la tienda para revisar dos o tres veces sus preparados, que sabe perfectamente lo que hace cada vez que viene a la Tienda de Pociones Kemi.

Esa idea me vuelve a enfadar.

—Se supone que esto es un negocio.

—¡Sam! ¿Cuántas veces tengo que decirte que no le hables así a tu madre?

Mi padre sale a zancadas por la puerta de la estantería que comunica con el laboratorio de mi abuelo y un humo se extiende por el suelo de la tienda antes de que la vuelva a cerrar. Mi abuelo está elaborando los preparados de esta semana para nuestra —reducidísima— clientela. Me invade un ligero sentimiento de culpabilidad: debería estar allí ayudando como una buena aprendiz.

4

Mi padre abraza a mi madre por la cintura y le da un beso en la mejilla. Sonrío, incapaz de seguir enfadada por lo de Moira. Es bonito verlos tan felices: mamá con su pintalabios chillón, su falda larga y su blusa floreada, y papá mirándola como si siguiera siendo una hermosa jovencita que estuviera a otro nivel. Y, en un sentido estricto, es verdad que está a otro nivel. Mi madre es una dotada: pertenece a un grupo social que posee la habilidad de canalizar magia a través de un objeto. No obstante, su habilidad es de grado bajo y su objeto —una vara de zahorí— está encima del tocador de su dormitorio acumulando polvo. Pero, aun así, es dotada. Podría haberse casado con alguien de una familia de dotados y tener un montón de bebés dotados. Sin embargo, se enamoró de mi padre, que es corriente, es decir, alguien que no tiene acceso a la magia. Como yo.

5

Ser corrientes es lo que nos convierte en grandes alquimistas. La ausencia de magia nos permite trabajar con ingredientes mágicos sin correr el riesgo de alterarlos o contaminarlos. Pero esa no es la única razón. Lo que hace especial a la familia Kemi es nuestra capacidad inigualable para las artes alquímicas, o sea, para saber intuitivamente la receta de cualquier poción, identificar las propiedades de cada ingrediente y comprender los misterios relacionados con la elaboración de un remedio.

En el caso de mi padre, el don de la alquimia se saltó una generación, por lo que nunca pudo ser aprendiz de mi abuelo. No obstante, si alguna vez se ha sentido frustrado por no tener habilidades alquímicas, nunca lo ha demostrado. Por contra, trabaja como conductor de autobús en el centro. Los corrientes predominan en los trabajos que requieren interacción con la tecnología; los pilotos e ingenieros informáticos son, en su mayor parte, no-mágicos. Mi madre trabaja en la

tienda, aunque aceptó un segundo empleo como profesora de música en la escuela de Molly para tener algún ingreso extra. Pero, pese a que ambos saben lo mal que va el negocio, nunca me van a permitir hacer otra cosa que no sea ser la aprendiz de mi abuelo.

Porque, si tienes el don de los Kemi, debes utilizarlo.

Cuando consigo convencerle —a veces sólo después de haber fregado a fondo el laboratorio—, mi abuelo me cuenta historias sobre nuestros antepasados, que fueron los fabricantes oficiales de pociones de la familia real. Ahora es la corporación ZoroAster, la mayor productora de sintéticos de Nova, la que goza de ese honor. Nos lo arrebataron cuando el fundador de ZA, el mismísimo Zoro Aster, ganó la última Expedición Salvaje que aconteció en la historia de Nova. Las Expediciones Salvajes eran unas arduas competiciones entre alquimistas, establecidas por el primer rey novaniano, el rey Auden, para hallar el modo de proteger a un miembro de la familia real que estuviera en peligro de muerte. El rey Auden poseía un legendario cuerno popularmente atribuido a una criatura prehistórica que era, en cierto modo, dotada. El propio cuerno tenía una especie de poder mágico: convocaba a los alquimistas a la Expedición y dictaminaba quién era el ganador volviéndose dorado cuando se presentaba la poción correcta ante él.

El premio por ganar la Expedición Salvaje era una olla llena de coronas de oro y algo aún más preciado: una inmensa cantidad de magia real. Para los alquimistas, que eran casi todos corrientes, esa dosis de magia era valiosísima. Aunque eso no significaba que los dotados no intentaran también ganar la competición.

Y Zoro fue el primer dotado en conseguirlo. Utilizó el dinero del premio para montar el primer laboratorio de síntesis de todos los

tiempos, produjo pociones sintéticas para cada tipo de enfermedad, dolor o achaque y cambió nuestra industria para siempre. De golpe, no sólo se llevó el contrato de los Kemi al servicio de la casa real, sino que también condenó al fracaso el antiguo arte de la elaboración de pociones en el que éramos expertos.

Ahora las Expediciones Salvajes son cosa del pasado. La familia real está tan bien protegida —cuenta con los mejores médicos, con guardaespaldas de alta cualificación, con el servicio secreto novaniano...— que es muy difícil que alguno llegue a encontrarse en peligro de muerte. Se dejan ver en ciertos acontecimientos, por supuesto, para inaugurar hospitales o entregar distinciones, pero poco más. Cuando quedó claro que sólo iban a tener una hija y la princesa Evelyn se convirtió en la única heredera al trono de Nova, el rey y la reina hicieron todo lo que estuvo en su poder para asegurar que nunca pudiera ocurrirle nada malo.

Anita me toca el brazo. Ella también ha bajado de las estanterías.

—Si no nos damos prisa, vamos a llegar tarde.

—Ay, sí, cielo... ¡No os vayáis a perder el principio! —El amor de mi madre hacia la familia real no es un secreto. En una repisa, bajo la caja registradora, tiene amontonadas varias pilas de revistas del corazón. Las guarda escondidas de mi abuelo, que las quemaría en el horno del laboratorio si las encontrara—. Cuando vuelvas, me lo cuentas todo.

—Ya sabes que no se me da bien eso de «esta iba vestida de tal diseñador», «este ha aparecido acompañado de aquella» y demás.

—Entonces, saca muchas fotos —dice con una sonrisa—. A Molly le gustará verlas.

—Molly tendrá unas vistas mucho mejores que las mías —replico.

Molly es mi hermana y, aunque sólo tiene doce años, es la esperanza de la familia. Es dotada, por herencia de la familia de nuestra madre. Cuando detectaron su habilidad mágica, le pregunté qué se sentía. A sus ocho años, con su preciosa forma de hablar, me dijo que era como nadar en un torrente de magia. Ahora que tiene doce años, pronto será capaz de canalizar esa magia a través de un objeto, como si abriera un grifo.

Por eso han estado tan contentos mis padres últimamente. La prueba de la habilidad mágica de Molly ha dado un resultado astronómico. Va a ser potente. Puede tener un buen futuro que no dependa de una tienda ruinoso. Pero para garantizar ese futuro necesita ir a una escuela especial para dotados, y eso cuesta dinero. Un montón de dinero que no tenemos y que no vamos a tener si mi madre sigue dando nuestras pociones gratis. Cada penique extra es para la formación de Molly, para que tenga todas las oportunidades. Yo podría estar resentida por ello, pero no es el caso. Ella es una inversión mucho mejor que yo.

Molly ya está en el castillo, de excursión con sus amigos dotados.

—Intenta que Sam se lo pase bien, ¿vale, Anita? —Mi madre sacude la cabeza mientras me mira con los brazos en jarras.

—Haré todo lo posible, señora Kemi.

Antes de que mi madre nos siga entreteniendo, salgo a la calle. El viejo letrero de madera con el blasón descolorido de los Kemi chirría por encima de mi cabeza. Me aparto hacia un lado de forma automática, convencida de que un día de estos se caerá al suelo.

Anita me agarra del brazo y seguimos por la calle Kemi para salir del barrio alquimista. La ciudad de Kingstown está construida sobre los restos de un volcán extinto y en lo más alto se encuentra un im-

ponente castillo. Muchos de los edificios más antiguos y hermosos de Kingstown se sitúan a lo largo de la colina, en una amplia calle principal que empieza en el castillo, conocida como Royal Lane. El resto de la ciudad se extiende por la ladera como una isla de viejos edificios que flotan en un mar de modernidad.

Royal Lane ya está abarrotada de gente que sube para ver la fiesta. Las tiendas que bordean la calle, por lo general muy animadas, han cerrado pronto esta tarde, pero hay grandes pantallas que emiten publicidad sin parar, desde la nueva moda hasta las mejores varitas, pasando por los compuestos sintéticos más avanzados.

—*Samantha Kemi* —dice una voz profunda y extrañamente familiar.

Al darme la vuelta de golpe, se choca conmigo una pareja que venía justo detrás. Es obvio que no son ellos quienes me han llamado y pido disculpas entre dientes. Mientras se marchan a toda prisa, me doy cuenta de que el vestido de la mujer pasa del rosa pálido al carmesí y luego otra vez al negro. Está hechizado. Siento una punzada de celos. Nunca podré permitirme llevar un vestido hechizado. Le hago un gesto a Anita y ambas ponemos la misma cara de resignación, como si estuviéramos sincronizadas.

—Dotados... —murmura.

—¿Has oído que alguien me llamaba? —le pregunto a Anita.

Sacude la cabeza y, como no vuelvo a oír nada, seguimos andando.

Pasamos junto a la parada del autobús, donde una pantalla animada muestra una imagen de la princesa Evelyn envuelta en un vestido de noche blanco centelleante. *¡ESTA NOCHE LA PRINCESA EVELYN CUMPLE DIECIOCHO AÑOS! Sintonice ATC desde las*

19.00 h. Todos los que no suban al castillo como nosotras estarán pegados a la tele, incluida mi madre.

La muchedumbre se concentra cada vez más, pese a que el inicio de la fiesta no está previsto hasta dentro de una hora, así que nos vemos obligadas a pararnos junto a una pequeña tropa de policías a caballo.

—Tendríamos que haber salido antes —dice Anita estirando el cuello para ver por encima de la marea de gente—. He oído que casi todos los de nuestra clase han conseguido invitaciones para la fiesta en el palacio.

—En el castillo, querrás decir.

—No, en el palacio. Allí arriba, dondequiera que esté.

Agita la mano ligeramente por encima de nuestras cabezas. El castillo de Kingstown es la única residencia oficial de la familia real. Pero su verdadero hogar es el Gran Palacio, un castillo encantado que se rumorea que está escondido en el cielo, por encima de Kingstown, a pesar de que no se ve, ni siquiera en los días despejados.

—Sólo los dotados de la clase, querrás decir.

—Bueno, eso.

Se produce un gran sonido de mil trompetas tocando a la vez. Me paro en seco y me tapo los oídos. ¿Ya ha empezado el concierto?

—¿Estás bien? —me pregunta Anita. Me agarra de la mano y pienso que le da miedo que salga corriendo de vuelta a casa y rompa así mi parte del trato.

—¿Has sentido eso? —Los oídos todavía me zumban por el estruendo.

—¿El qué?

—*Samantha Kemi.*

—¿Cómo? ¿Quién está diciendo mi nombre? —Me doy la vuelta con frustración, como si alguien estuviera tirándome de la coleta y luego echara a correr.

Anita frunce el ceño.

—No he oído nada, Sam.

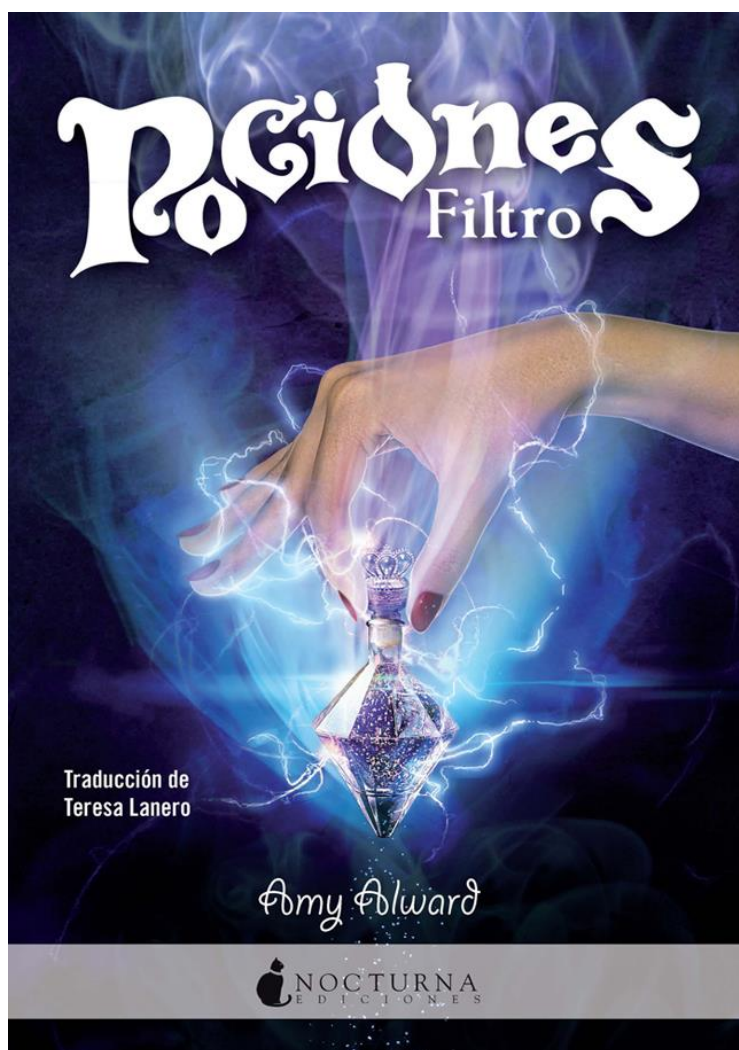
Entonces, por el rabillo del ojo, veo el anuncio de la parada de autobús. La princesa con su bonito vestido centelleante ha desaparecido. En su lugar está el rey de Nova.

Y me está mirando.

SIGUE LEYENDO

Pociones Filtro

Amy Alward



ISBN: 978-84-944243-6-6 | PVP: 15,00 € | A la venta: 14-3-2016

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com